Eduardo Corrales

Miembro del Comité Central de los CJC

Esta semana se cumplen 70 años de la victoria del Ejército Rojo sobre los ejércitos nazi-fascistas en la ciudad de Stalingrado, lo que supuso la primera derrota alemana y el inicio de la capitulación del nazismo en la contienda mundial. El sacrificio del pueblo soviético por vencer al fascismo fue absolutamente dramático, y por ello, digno de pasar a la historia de la humanidad como una de las más grandes gestas de solidaridad entre los pueblos. En su momento, los trabajadores del planeta supieron reconocer el valor del país de los soviets. Parecería lógico pues, que, en cada aniversario, se recordase agradecidamente un hecho que supuso la derrota del fascismo en su tentativa imperialista; parecería lógico, si el estado de las cosas fuera otro, pero no lo es.

Es por esto que la Televisión Pública Española decide “agradecer” la heroicidad del pueblo soviético programando, con motivo de la onomástica, un documental de propaganda anticomunista, ampliamente difundido desde hace años, en el cual se denigra de la forma más burda el proceso de construcción socialista de la URSS y la figura de Stalin, el político que, junto con su pueblo, tras la victoria sobre Hitler, se erigió en ejemplo para las masas trabajadoras de todo el orbe. No vaya a ser que a alguien le dé por pensar que los comunistas salvaron una vez al mundo de la barbarie más absoluta.

El documental que emitirá TVE –al que no dedicaremos demasiadas líneas– es, como tantos otros del mismo tipo, una amalgama de falacias, burdos montajes, y teorías del todo delirantes sobre la personalidad de Stalin, el devenir político y el día a día de la Unión Soviética. Las teorías sobre los minuciosos planes escenográficos de la URSS, barriendo la calles y utilizando a cientos, si no miles, de figurantes para representar una farsa al paso de cada visita extranjera, porqué de que los millones de muertos por hambrunas y persecuciones se volvieran invisibles. Stalin había tenido la brillante idea de convertir el país en un inmenso “show de Truman” de felicidad proletaria para cada visita diplomática. En fin...

Lo importante, o lo que nos interesa ahora, no son las torpezas y mentiras de un film cuyas falsedades –lugares comunes de la propaganda anticomunista y la historiografía burguesa– han sido debidamente refutadas en multitud de estudios, sin que la intelligentsia burguesa

pueda corroborar con datos verificables ahora que los archivos y documentos oficiales de la administración soviética llevan ya dos décadas desclasificados, ni una sola de las afirmaciones hechas durante los años de la Guerra Fría. Lo que nos interesa es apuntar hacia el propio recurso por parte de los medios de comunicación de este tipo de materiales.

¿Por qué los grandes medios recurren a tales informaciones, claramente ideológicas y a bastantes luces falsas? Debemos comenzar por comprender, primeramente, que los grandes medios informativos –canales de televisión, prensa escrita– como parte de la superestructura social, dependen en todo momento de la clase económicamente dominante de la sociedad, y por ende, defienden los intereses de ésta. Así pues, tenemos que olvidarnos de aquella leyenda de los grandes medios “de izquierdas”, ni Le Monde Diplomatique, ni Público, ni, qué cabe decir, El País, defienden a través de sus comunicaciones los intereses de las amplias mayorías. También debemos entender que, cuando un medio cambia repentina o paulatinamente su línea editorial, virando de un cierto progresismo a posiciones liberales, por ejemplo, no está siendo cooptado por el poder. No es así, los medios informativos del capitalismo están y han estado todos ellos, siempre, al servicio de la burguesía, y las modificaciones de su línea editorial a lo largo del tiempo responden únicamente a los virajes tácticos que mejor favorezcan los intereses de los capitalistas que los ponen en movimiento. Cualquier brecha en un seno que dé cabida a un discurso favorable a los intereses de la clase obrera no es consecuencia más que de la relativa autonomía que cabe en el entramado superestructural capitalista, pero precisamente por esto, mientras el sistema no cambie, cualquier disidencia no dejará de ser un fogonazo temporal, pues el aparato seguirá dependiendo, en última instancia –como apuntaría Engels– de la base económica de la sociedad.

Hemos llegado a un punto de no retorno, el capitalismo –tal cual analizó Lenin– en su fase imperialista tiende a la reacción en todos los terrenos. En la lucha económica, destruye fuerzas productivas y conculca derechos laborales como una apisonadora; en la lucha política ataca por todos los medios que requiere las formas de organización de la clase obrera; y en la lucha ideológica pone en estado de alarma el amplio aparato de subyugación ideológica sobre la clase obrera, desde los programas educativos –de párvulos a universidad– hasta los medios de información, pasando por todos los campos y disciplinas de las ciencias, la cultura y el ocio.